

Comentarios al artículo:

## “Saber ver la ingeniería” de Javier Manterola y Miguel Aguiló.

Publicado en la Revista de Obras Públicas nº 3.497 de marzo de 2009

**César Lanza Suárez.** Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos  
clanza@tecnova.es

Me alegra haber visto publicado en nuestra *Revista de Obras Públicas* un artículo como el que firman Javier Manterola y Miguel Aguiló, porque incide directamente en uno de los problemas centrales que afectan en estos tiempos a la creación de valor de la profesión de la ingeniería, que es su magra y desbaratada capacidad para ser percibida en buenas condiciones por el ojo público. Parece que la ingeniería ahora sólo llama la atención como ingrediente del sensacionalismo que acompaña mediáticamente cualquier desastre y no por el valor de sus actos. Por eso me parece importante saber verla, como ellos propugnan, pero me atrevería a decir que creo más importante aún que los ingenieros sepamos narrarla y no sólo en sus innegables capacidades de expresión formal o por cuanto sirva para agradar el buen gusto del observador sensible.

La ingeniería es una de las bases sustantivas de la modernidad contemporánea, pero raramente se vindica ese valor en los debates interdisciplinarios que se dan en el ámbito de la cultura, que es amplio, muy rico en inquietudes y además sobrepasa los lindes del campo del arte. Hemos aceptado (sin saber por qué) que la ingeniería y sus obras son algo distinto del humanismo y olvidamos algo esencial que ya nos advirtió Ortega en su Meditación

de la técnica: la ingeniería es una de las profesiones más humanistas, precisamente porque a través de ella se consigue hacer humano lo que en otros tiempos era sobrehumano, como volar, salvar grandes luces o comunicarse en tiempo real a muy larga distancia.

Pero situar hoy día cualquier obra que no quiera pasar desapercibida en su contexto de referencia obliga a establecer una estrategia de recepción, es decir tejer sobre el objeto proyectado y construido una envoltura explicativa que facilite su presentación a los medios, así como la interpretación por parte del público que finalmente lo recibe. La narración no es un adorno cultural como en algunos ámbitos se puede pensar algo despectivamente, incluso podría decirse que constituye una necesidad primaria en la entrega de mucho de lo que producen arquitectos e ingenieros.

En lo que respecta a la arquitectura se comprende fácilmente porque se halla pegada al ser humano desde sus mismos orígenes, y se enfrenta a una complejidad antropológica de naturaleza extratécnica. Sometida al juicio del gusto y la aceptación social, los criterios que deciden la calidad de la obra arquitectónica son en sí mismos convenciones que se conforman dinámicamente en la opinión pública a

partir de un conglomerado de factores subjetivos nada triviales, porque la arquitectura es más que refugio o simple estancia para el hombre. La ingeniería representa en cambio un diálogo de la inteligencia humana con la naturaleza, con la materia y los campos de fuerzas, y la determinación del acierto o fallo de sus obras suele ser en este caso inapelable porque se ejerce en primera instancia a partir de la inexorabilidad de esas mismas leyes naturales. Pero la ingeniería además causa efectos de honda significación en el territorio con sus infraestructuras y sistemas, y en la gran escala que constituye su ámbito natural se encuentra en una relación directa y nunca fácil con el poder. Por ello la razón discursiva que gobierna y juzga sus actos no es sólo de orden físico-matemático o estético sino también político-económico, y en ello pesa y de qué manera la narración de sus intenciones y logros.

Contemplar la narración como una actividad proactiva que acompaña a la propia creación de valor de la obra de ingeniería ayudando a interpretarla y no como una reacción a posteriori, es algo que tiene su miga y requiere una estrategia. Lo que unos ven es con frecuencia lo que otros previa e intencionalmente han sabido narrar. Además de saberlo hay quienes lo ven muy claro. ◆